EL NIÑO Y LA IMAGEN SOLAR EN ALGUNOS POEMAS DE MIGUEL HERNÁNDEZ

Por
MARÍA CARMEN GONZÁLEZ LANDA
Universidad Complutense de Madrid

Al leer los poemas de M. Hernández, se constata que en los que están referidos o se dirige al niño (cualquiera de sus dos hijos) lo hace utilizando, entre otras, la imagen solar.

Como es sabido, de su matrimonio con Josefina Manresa, en marzo de 1937 nacieron dos hijos: Manuel Ramón en diciembre del mismo año, muerto en octubre de 1938, y Manuel Miguel, que vio la luz en enero de 1939. En la etapa final de la creación hernandiana se encuentran ecos de estas circunstancias biográficas y su transformación poética.

La prematura *muerte* del primer hijo origina varios poemas del *Cancionero y Romancero de Ausencias*[1], por ejemplo, los números *12, 16 y 23,* en los que su muerte recibe el tratamiento de la *fugacidad* de lo bello.

Por otra parte, la experiencia del *desarrollo vital* del segundo hijo se desea y proyecta (especialmente en los poemas número *74, 93 y 94*) como *permanencia* y prolongación de plenitud en el porvenir, incluso como posibilidad de pervivencia del propio ser del poeta.

En estos poemas la muerte y la vida no son temas abstractos sino que se asocian a la existencia concreta de ambos niños, quienes son exaltados al ser equiparados o sustituidos por el sol, sus propiedades o sus beneficiosos efectos.

En esta comunicación realizaré un análisis de los fragmentos de los poemas aludidos en los que se expresa esa simbiosis *niño-sol*, actualizando los rasgos de significación que comparten en cada caso, justificando dicha actualización y denominando las isotopías que la reiteración de los mismos provocan. Trataré de sacar consecuencias interpretativas para acceder a la cosmovisión hernandiana, a su pasión por la vida y a su planteamiento de pervivencia en el hijo.

En la relación entre los poemas referidos por una parte al niño muerto, y, por otra, al niño vivo, pondré de manifiesto las coincidencias y diferencias. Asimismo conectaré el contenido de la asociación simbólica analizada con las referencias culturales que, vinculadas a la experiencia biográfica del poeta antes mencionada, pudieron haberla inspirado o pueden ayudar en su interpretación.

El núcleo del simbolismo solar[2] como fuerza heroica y generosa, creadora y dirigente es común en diversas culturas. Los héroes son exaltados al rango solar e incluso identificados con el sol y, a su vez, éste, por su carácter «juvenil» y «filial» dominante, queda asimilado al héroe.

En la perspectiva psicoanalítica, Jung indica que el sol es, en realidad, un símbolo de la fuente de la vida y de la definitiva totalidad del hombre. Del mismo modo la desaparición brusca del sol tras el horizonte suele relacionarse con la muerte violenta de los héroes.

Por otra parte, el sol, en el Tarot, muestra la imagen alegórica del disco del astro rey rodeado por rayos alternativamente rectos o llameantes, dorados y rojos, que simbolizan su doble acción calórica y luminosa, su acción benefactora y distribuidora de las supremas riquezas.

Todos estos matices son recogidos en los textos hernandianos que me propongo analizar; tras la realización de lo propuesto se evidenciará la categoría artística de sus versos, así como la genialidad estética y humana de este creador, capaz de recoger y transformar las imágenes simbólicas más ancestrales, constantes y cercanas a la sensibilidad popular, para poetizar los temas más medulares de la existencia humana.

Poema 12

v.1 El sol, la rosa y el niño
v.2 flores de un día nacieron.
v.3 Los de cada día son
v.4 soles, flores, niños nuevos.
(...)

En la primera estrofa del poema 12 la equiparación *sol-niño* se manifiesta sintácticamente por la disposición y relación de coordinación de ambos lexemas en el v.1 y de yuxtaposición en el v.4. Semánticamente comparten el rasgo /fugacidad/, que se constituye en isotopía dada su actualización en el sintagma «flores de un día». «El sol» es aludido en su trayectoria diaria de aparición y ocultamiento; «el niño» en la brevedad de su existencia. Además, este sema /fugacidad/ es inherente en el semema 'rosa', dispuesto en el texto en coordinación sintáctica con «sol» y «niño»; se repite igualmente en «nacieron» por el tiempo verbal pasado y por la presuposición del (murieron) como consecuencia del hecho de nacer y en contraposición a lo eterno que ni nace, ni muere.

El sema /belleza/ es trasferido a 'rosa' y 'niño' por su inherencia en 'rosa' y en 'flor'.

El rasgo /primicial/ se actualiza en todos estos sememas a través del adjetivo «nuevos».

Poema 16

v.1 Cuerpo del amanecer:
(...)
v.5 Corazón que en el tamaño
v.6 de un día se abre y se cierra.
(...)

En el poema 16, el verso 1 se constituye con el sintagma «Cuerpo del amanecer» en el que no aparecen los lexemas [niño] ni [sol]; sin embargo, se puede interpretar como resultado de una doble sustitución: la de «niño» por «sol» y la de éste por un cuerpo astral naciente. Con esta doble sustitución se actualizan en ambos sememas los mismos rasgos.

El semema 'cuerpo', inicialmente indicador de la naturaleza corpórea del niño, remite al astro solar por la significación de la expansión preposicional «del amanecer», dado que el amanecer es la primera fase del día, el cual es, a su vez, una de las medidas naturales del tiempo que establecemos gracias a la observación de la trayectoria aparen-

te del sol. En este contexto ambos sememas ('niño' / 'sol') comparten los rasgos /corporeidad/ ya aludido, /primicial/ y /luminosidad/.

En la expresión

Corazón que en el tamaño
de un día se abre y se cierra

la sinécdoque lexicalizada «corazón» sustituye al «niño»; la expansión relativa puede ser leída como alusiva a la muerte prematura de éste y, simultáneamente, a la salida y ocaso del «sol». El semema 'corazón' actualiza el rasgo /corporeidad/ por ser parte del cuerpo humano, y el de /sustentador de vida/; ambos rasgos también forman parte del semema 'sol', entendido como astro posibilitador de la vida en la tierra.

El sintagma «tamaño de un día» relaciona y confunde las magnitudes del espacio y el tiempo, pues, si bien «de un día» alude a la magnitud tiempo, «tamaño» hace referencia a una cantidad volumétrica en el espacio. Esta fusión entre ambas magnitudes podría haber sido evitada mediante la utilización de lexemas propios para aludir al tiempo, por ejemplo, «transcurso de un día»; el motivo de la selección de «tamaño», además de por necesidades de rima, puede ser por actualizar el rasgo de significación /fugacidad/, en tanto que pequeñez (brevedad) de la magnitud tiempo («de un día»).

La antonimia «se abre y se cierra» expresa metafóricamente la oposición vida / muerte en el ideolecto del poeta.

El ciclo diurno del sol (verso 1: «el amanecer», verso 6: «de un día») está presente también en los dos fragmentos del poema que permiten establecer la equiparación entre «niño» y «sol».

Los sememas 'cuerpo' y 'corazón' sustituyentes de [niño] y [sol], comparten, además, el rasgo: /forma/, en este caso su levante presenta su tonalidad más rojiza.

En todos los sememas considerados se actualiza el rasgo /fugacidad/.

Poema 23

(...)

v.5 ¡Ay, breve vida intensa
v.6 de un día de rosales secular
v.7 pasaste por la casa
v.8 igual, igual, igual
v.9 que un meteoro herido, perfumado
v.10 de hermosura y verdad.

(...)

En los versos 5 y 6 de este poema el niño es sustituido por la exclamación y el lamento de su corta vida. En ellos se actualizan los rasgos /fugacidad/, /intensidad/ y /belleza/; los dos primeros mediante los adjetivos adjuntos que rodean al sustantivo «vida» y en los que ambos rasgos son inherentes.

El rasgo /fugacidad/ se intensifica en la expresión «de un día de rosales», tanto por su inherencia en «de un día», como por la inclusión del semema 'rosa', símbolo de fugacidad y belleza en la tópica literaria.

El v.7, «pasaste por la casa», sintetiza el tema de la ausencia del hijo por la muerte. Este paso del hijo por la casa es comparado, mediante la triple reiteración de la locución igualadora («igual...») del verso 8, a «un meteoro herido...».

El semema 'meteoro' actualiza de modo inherente los rasgos /corporeidad/, /luminosidad/ y /fugacidad/, pues es un astro luminoso que pasa rápidamente por nuestra atmósfera. El adjetivo «herido» reitera el rasgo /fugacidad/ y asocia por hipálage (sólo aplicable denotativamente a un ser viviente) al niño con un astro que, aunque en este caso, no es el sol, es evocador de él por compartir ambos los rasgos: /corporeidad/ –por cuerpo astral– /luminosidad/ y /curvatura/ por su trayectoria.

El rasgo /fugacidad/ está presente por la alusión al ciclo diurno del sol.

En estos tres poemas, alusivos *al hijo muerto prematuramente,* se lexicaliza la expresión «de un día», la cual es uno de los soportes de la isotopía dominante en todos ellos y que se constituye por la reiteración del sema /fugacidad/.

En el poema 23 (verso 6) esta expresión «de un día» se completa, formando alotopía con «secular», introduciendo el rasgo contrario a /fugacidad/, es decir, /permanencia/. La resolución de esta alotopía se establece mediante el rasgo /intensidad/, porque, en este texto, a aquello que es fugaz (la vida del niño) se le añade /intensidad/ y por ello permanece, aunque sea como «huella» (verso 11) o como «ruinas» (verso 12).

Este rasgo /permanencia/, y no sólo en el recuerdo, sostendrá, en gran medida, la interpretación diferencial de los poemas sobre el segundo hijo respecto a los hasta aquí considerados.

Poema 74

(...)

v.24 Es tu risa en los ojos
v.25 la luz del mundo

(...)

v.38 vencedor de las flores
v.39 y las alondras.
v.40 Rival del sol.

(...)

Entre los poemas dirigidos al niño vivo las «nanas de la cebolla» (n.º 74) incluyen algunos versos que pueden considerarse a nuestro propósito, pues reiteran la relación *niño-sol* que estamos analizando: «Es tu risa en los ojos / la luz del mundo». Esta metáfora equipara explícitamente la risa en los ojos del niño con uno de los efectos más importantes del sol en el universo: la luz. Por tanto, donde aparecen textualmente los ojos del niño, puede reescribirse [sol]; el niño es identificado con el sol y el rasgo de significación /luminosidad/ es actualizado en su posibilidad máxima.

El rasgo /creador y sustentador de vida/ se manifiesta en que la luz, como es sabido, origina la vida y este sintagma del v.25 «la luz del mundo», con su expansión preposicional, absolutiza el significado del semema 'luz' y reitera el rasgo aludido. El rasgo /permanencia/ puede inferirse del anterior, dado que la risa del niño está viva, existe («Es tu risa...) y, además, el poeta desea su continuidad («Ríete siempre», v.53).

En versos posteriores y entre una sucesión de vocativos, el niño es nombrado «rival del sol». Tal expresión permite contemplar la preeminencia del niño sobre el sol en cuanto a sus excelencias y en cuanto a su /belleza/.

El sintagma vocativo «vencedor de las flores / y las alondras» está referido al niño, pero su interpretación puede también remitir al sol, ya que en su orto produce la luz que hace abrirse a las flores y volar y cantar a las alondras.

Poema 93

v.1 Rueda que irás muy lejos.
v.2 Ala que irás muy alto.
v.3 Torre del día, niño.
v.4 Alborear del pájaro.

(...)

v.13 El universo eres
v.14 que guía esperanzado.
v.15 Pasión del movimiento,
v.16 la tierra es tu caballo.

(...)

v.21 Asciende. Rueda. Vuela,
v.22 creador de alba y mayo.

(...)

En el poema 93, la identificación *niño-sol* se expresa, entre otros versos, en el 22 mediante la invocación del niño como «creador de alba y mayo». En efecto, los ciclos solares son los causantes de las medidas temporales «día»-«año» y tanto el «alba» como el mes de «mayo» son fases respectivas de aquéllos.

Los rasgos de significación que se actualizan son /fecundidad/, /primicial/, /luminosidad/ y /belleza/.

En otros versos la identificación con el sol se realiza, además, por compartir aquél los rasgos /motricidad/, /situación espacial/, en este caso suspendida, y /forma/, en este caso redondeada, inherente en la forma de la esfera solar y aferente en la forma redondeada del niño en el ideolecto del poeta.

Los versos 15 y 16 «Pasión del movimiento, / la tierra es tu caballo» pueden leerse como fusión de dos imágenes:

- La imagen visual alusiva a la curva semiesférica que el sol, en la trayectoria dinámica desde su salida hasta su ocaso, traza sobre el horizonte.
- La del niño en el dinamismo de sus recorridos sobre un caballo de cartón, imagen doméstica que adquiere dimensiones cósmidas y míticas de triunfo.

En los versos 1 y 2 las imágenes de la rueda alejándose y del ala ascendiendo, aunque son sustituyentes del lexema «niño», actualizan rasgos de significación del sol: /redondez/, /dinamismo/, /suspensión en el espacio/, /lejanía/, /altura/.

Los sintagmas preposicionales de los versos 3 y 4:

«Torre del día. /Alborear del pájaro» pueden interpretarse referidos al sol en su orto por la actualización del sema /ascensión/ en «torre» y /luminosidad/ en «día» y «alborear».

En la globalidad del poema es dominante el rasgo /dinamismo/ como caracterizador de la vitalidad del niño, pues se actualiza en muchos sememas; además de en los ya aludidos, en la serie de tres verbos de movimiento en imperativo del verso 21: «Asciende. Rueda. Vuela». El dinamismo sugerido en estos verbos puede también indicar el del sol.

Poema 94

v.1 Con dos años, dos flores
v.2 cumples ahora.
v.3 Dos alondras llenando

v.4 toda tu aurora.
v.5 Niño radiante;

(...)

v.10 La luz rueda en el mundo,
v.11 mientras tú ruedas.
v.12 Todo te mueve,
v.13 universo de un cuerpo
v.14 dorado y leve.
v.15 Herramienta es tu risa,
v.16 luz que proclama
v.17 la victoria del trigo
v.18 sobre la grama.

(...)

En la composición 94, la infancia, es decir, las /primicias/ de la existencia humana del niño son aludidas en el v.4 con el término metafórico 'aurora', el cual remite simultáneamente a la primera fase del día, la que se establece con la incipiente salida del sol.

La circunstancia motivadora del poema, el segundo cumpleaños del niño, queda enunciada explícitamente en sus cuatro versos iniciales. En este texto encontramos los términos clave habitualmente asociados en los poemas del niño: son los sustantivos referidos a cuatro esferas de la naturaleza (humana, vegetal, animal y cósmica). Estos sintagmas sustituyentes de la infancia del niño, de sus dos primeros años de vida: «dos flores», «dos alondras» y «toda tu aurora» comparten el rasgo genérico /primicial/, asociado a /belleza/ y /delicadeza/:

La infancia cubre los primeros años de la vida humana.
Las flores brotan en la primera de las estaciones del año.
Las alondras cantan con la primera claridad del día.
La aurora es la primera fase del ciclo diurno.

El adjetivo «radiante» (v.5) constituye una hipálage asociado a «niño», pero es pertinente e, incluso, redundante para [sol]; permite actualizar los rasgos /luminosidad/, /expansividad/ y /belleza/.

Como es sabido, en diversas culturas el sol niño, el sol de la aurora, se representa simbólicamente proyectando sus rayos, expresión de la suprema potencia creadora; esta iluminación primera se relaciona con el principio primaveral, síntesis de todos los inicios cíclicos.

Los versos 10 a 14 concentran varias imágenes cinéticas que implican otro modo de identificación *niño-sol*: el niño es el disco solar luminoso que al girar expande luz en el espacio y es la totalidad de un cuerpo en que se destaca su cromatismo dorado y su ingravidez. Ambas imágenes se construyen con la acumulación de rasgos compartidos por ambos referentes en sus respectivos ámbitos o dominios, cósmico y humano: /redondez/, /dinamismo/, /luminosidad/, /cromatismo dorado/, /ligereza/, /belleza/, /esplendor/ y /potencia/. El niño es contemplado como el sol en su orto, ascendiendo progresivamente en su vivir, causante de la luz y, por ello, generador de la vida. En muchas civilizaciones el sol ha sido representado del mismo modo: como una rueda de fuego que gira, y asociado a la diosa fortuna.

La última estrofa conclusiva de este poema 93 conecta con lo dicho pues comienza con la metáfora que identifica la risa del niño con la luz en expansión («luz que proclama», v.16) y con el semema 'herramienta' del cual se actualiza el rasgo /instrumento/ y el sema aferente /fecundador/ al asociarse al sintagma «victoria del trigo sobre la

grama», en el que implícitamente se reitera la identificación *niño-sol* por su poder germinativo. La risa del niño, luz solar, hace brotar el bien más preciado para la supervivencia, por ser también el más básico: el trigo. El texto vincula el par 'trigo'/ 'grama', el cual puede constituirse en taxema dado que comparten el rasgo /vegetales gramíneos/, sintácticamente están dispuestos como contrarios y semánticamente personificados en su enfrentamiento, uno victorioso ('trigo'), la otra vencida ('grama'). El rasgo específico que los distingue es /nutricio/, por presencia o carencia del mismo (la grama es una planta forragera, olorosa pero poco nutritiva). En estos versos puede actualizarse nuevamente, para 'niño', el rasgo /sustentador de la vida/.

El verso 15, «Herramienta es tu risa», presenta evidentes analogías con los versos 36 y 37 del poema 74: «Es tu risa la espada/más victoriosa». Estas analogías se establecen en los distintos niveles:

• Reiteración léxica del sintagma «tu risa», que ejerce en ambos textos la función sintáctica de sujeto en oraciones atributivas, lo cual conduce a comparar semánticamente sus respectivos atributos: «Herramienta» y «Espada». Ambos comparten dos rasgos de significación: /material/ e /instrumento/ con el que se consigue la victoria a la que se alude en los respectivos cotextos. La isotopía /batalla/ se mantiene en ambos, lexicalizándose exclusivamente el rasgo /victoria/-/héroe invicto/, atribuido mitológicamente al astro rey en su actividad benefactora, es decir, origen de los frutos, de la luz y, en definitiva, de la vida.

En el análisis hasta aquí realizado se ha evidenciado la relación simbólico-metafórica niño-sol en estos textos hernandianos. La lectura global de los mismos plantea el problema de la vida y la muerte desde la experiencia de la temporalidad. En efecto puede observarse en ellos una gradación de la polaridad /fugacidad/-/permanencia/, referida tanto a los hijos como al poeta. En todos los poemas considerados (12-16-23-74-93-94) se recoge como fundamental la isotopía /TIEMPO/, a través de los dos rasgos mencionados:

Poema 12

(...)

v.13 Entre las flores te fuiste.
v.14 Entre las flores me quedo.

Poema 16

(...)

v.3 Siento que no quiso ser
v.4 más allá de flor tu vida.

(...)

Poema 23

(...)

v.13 donde un perfume que no cesa hace
v.14 que vayan nuestros cuerpos más allá.

Poema 74

(...)

v.41 Porvenir de mis huesos
v.42 y de mi amor.
(...)

v.82 No te derrumbes.

(...)

Poema 93

(...)

v.9 Eres mañana.

(...)

Poema 94

(...)

v.6 va mi sangre contigo
v.7 siempre adelante.
v.8 Sangre mía, adelante,
v.9 no retrocedas.

(...)

v.19 Ríe. Contigo
v.20 venceré siempre al tiempo
v.21 que es mi enemigo.

En estos fragmentos se expresa el lamento por la desaparición del primer hijo (12 y 16), su permanencia sólo en el recuerdo (23); la permanencia del poeta en la transitoriedad (12); la necesidad de permanencia de los padres mediante la generación de un nuevo hijo (poema 23, verso 14); la permanencia o el deseo de futuro para el segundo hijo y del propio poeta a través de él (74-93-94).

En este sentido, los tres versos finales del poema *94* condensan y explicitan la concepción de la vida para el poeta. El imperativo «Ríe», dirigido al niño, comunica el deseo del poeta a favor de la vida y de la vida feliz, en contraposición a su particular sino desgraciado. Se expresa la visión hernandiana de que es posible vencer al tiempo, a la muerte, mediante la pervivencia en el hijo. En estos versos el tratamiento del tiempo se refiere no a su consideración cosmológica, planteada en versos anteriores, sino a su repercusión en la existencia humana, cargada del rasgo /limitación/, es decir, centrado en el período de la vida histórica del poeta, en el cual se inscribe la caducidad y la cercanía de la muerte. La causa de su triunfo sobre este tiempo destructor ya se había explicitado en los dos últimos versos de la primera estrofa (6 y 7) y en los dos primeros de la segunda (8 y 9), enlazados léxicamente por la reiteración del sintagma «mi sangre» y el vocativo «Sangre mía». La sangre es sinécdoque del poeta como generador del hijo en el primer caso y término sustituyente de éste en el segundo. Los cuatro versos reiteran la concepción hernandiana de supervivencia en el hijo y su deseo-ruego de que no perezca («no retrocedas», similar al verso 82 del poema 74: «No te derrumbes»).

Esta continuidad en el tiempo viene acentuada por los rasgos /eternidad/ del semema 'siempre' (dos veces presente en el poema, versos 7 y 20) y /progresión/ del semema 'adelante'(también reiterado en el poema, versos 7 y 8). El verso «Sangre mía, adelante» es una exclamación de ánimo para que el hijo no decaiga en la carrera del vivir, antecede al ya comentado «no retrocedas» y revela el temor del poeta de que también este hijo pudiera morir. Como ya he adelantado, los versos finales disipan toda duda y confirman el triunfo del poeta por la continuidad en el hijo: «Contigo/venceré siempre al tiempo».

Sintetizando lo analizado podemos afirmar que:

• La isotopía que resuelve la identificación o equiparación *niño-sol* y la isotopía */tiempo/*, sustentada sobre todo en los rasgos opuestos /fugacidad/-/permanencia/, están estrechamente entrelazadas en la cosmovisión hernandiana, por ser el sol símbolo de

vida, belleza y plenitud y ser, a su vez, el astro que determina la partición y medida del tiempo.

• La identificación *niño-sol* se aplica a los dos hijos del poeta. Cuando es aplicada al hijo fallecido prematuramente el rasgo que conexiona esta isotopía con la de */tiempo/* es /fugacidad/, mientras que al aplicarla al segundo hijo el rasgo conexivo es /permanencia/.

El poema 109 del Cancionero fusiona este doble tratamiento:

Se puso el sol.
Pero tu temprano vientre
de nuevo se levantó
por el oriente.

• En él se alude a cada uno de los dos hijos, con los lexemas 'sol' (metafórico) y 'temprano vientre' (sinecdóquico) respectivamente, y los contempla integrados en la imparable dinámica del permanente ocaso-muerte y nacimiento-salida del sol. La pareja de sememas 'sol'-'vientre' mantienen rasgos de significación comunes, así: /redondez/ y /generación de vida/, pero se oponen en los rasgos /fugacidad/ («Se puso el sol», muerte del niño-héroe)-/permanencia/ («tu temprano vientre/de nuevo se levantó», alumbramiento del niño-sol).

• En todos los textos considerados, Miguel Hernández tiene una cosmovisión integradora, que contempla al hombre inserto en un universo cósmico regido por el sol, vivificador de la naturaleza mineral, vegetal, animal y humana. La evocación del niño se conjuga con la alusión a las flores (rosa) y a los pájaros (alondra); se muestra asociada con la luz y dos gamas cromáticas: azul y dorado, símbolo de esplendor y felicidad. La exaltación del niño alcanza su grado máximo mediante su identificación-equiparación con el sol, su actividad benefactora, su carácter invicto y su brillante belleza.

• Estos poemas incluyen una visión sobre la temporalidad y el destino humano con su doble alternativa de desaparición (muerte) o pervivencia (vida). Todo está sometido a la influencia de los ciclos, y el poeta, desde su consciencia y experiencia de transitoriedad, busca perennidad en el hijo.

NOTAS

[1] Hernández, Miguel: *El Hombre Acecha. Cancionero y Romancero de Ausencias*, edición de Leopoldo de Luis y Jorge Urrutia, Madrid, Cátedra, 1984.

[2] Cirlot, J.E.: *Diccionario de Símbolos,* Barcelona, Labor, 1981, págs. 417-419.